y volviendo de ahí a un poco los ojos a los presentes, les dijo: ¿qué hemos de hacer a las cosas que son inevitables, pues que los dioses que son nuestro amparo, nos dejan y desfavorecen? Ya yo estoy determinado (y determinémonos todos) de poner el pecho a todo lo que se ofreciere, porque no es justo que nos escondamos ni huyamos el peligro, ni es razón que mostremos cobardía, no pensemos que la gloria mexicana ha de perecer aquí; compadézcome de los viejos y viejas y de los niños y niñas que no tienen pies ni manos para defenderse, que los demás ya tenemos determinado de morir por la defensa de nuestra patria. Con esto concluyó el emperador Motecuhzuma y trató de las cosas convenientes al reparo de la ciudad.

CAPÍTULO XLV. *Que Cortés prosigue su camino a Mexico por Amaquemecan, Ayotzinco y Cuitlahuac; y de cómo Cacama, rey de Tetzcuco, se encontró con él en Ayotzinco*

TRO DÍA PARTIÓ CORTÉS A UN PUEBLO, dos leguas de aquella casa de placer, llamado Amaquemecan, de la provincia de Chalco. El señor salió a recibir a Cortés con mucha compañía; diole cuarenta esclavas y tres mil pesos de oro y dos días de comer, y dio a entender a Fernando Cortés en secreto la tiranía y crueldad con que a él y a todos trataba Motecuhzuma. Consolóle y diole buen ánimo y presentóle algunas cosillas con que quedaron muy amigos. Los días que reposaron en este pueblo de Amaquemecan juntaron a los principales de Tlalmanalco y de todas aquellas serranías, y los tlaxcaltecas les hablaron para que se diesen de paz al capitán y a los españoles, trayéndoles a la memoria lo que los castellanos habían hecho con ellos, entrándoles sus tierras y que supiesen que estaban confederados con ellos para contra sus enemigos los mexicanos y que se acordasen de los malos tratamientos que Motecuhzuma les había hecho y de la gran carga de trabajos que les tenía puesta; y que si se dejaban en las manos y defensa de los españoles, ellos los pondrían en libertad y destruirían y castigarían a Motecuhzuma y a todas sus gentes porque a esto venían; oyéronlo todos de buena gana y fácilmente vinieron en ello y luego hablaron al capitán Fernando Cortés y se dieron por sus confederados, y él los recibió con mucha voluntad y caricia y les rogó que los ayudasen con sus personas y bastimentos para contra los mexicanos. Salió el campo cuatro leguas a un pequeño lugar (cuya población está la mitad en el agua de la laguna y la otra mitad al pie de una sierra áspera y pedregosa) llamado Ayotzinco. Acompañaban el ejército muchos criados del rey, proveyendo con cuidado lo que era menester, y aquella noche quisieron intentar de matar a los castellanos, pero Fernando Cortés iba con tanto cuidado que sus centinelas y un pequeño cuerpo de guarda, que extraordinariamente puso, mataron veinte hombres que iban a reconocer. Otro día de mañana,

antes de partir, llegó gran copia de gente de Mexico y muchos caballeros acompañando a Cacamatzin, sobrino de Motecuhzuma, rey de Tetzcuco, mancebo de veinte y cinco años, que iba ricamente vestido en andas y hombros, y en bajándole iban limpiando la tierra por donde había de pasar. Salióle Cortés a recibir fuera de su tienda, hizo con él grandes comedimentos y muy buen recibimiento a los otros. Entraron doce señores con él en la tienda y Cacamatzin con gran autoridad y reposo dijo que él y aquellos caballeros iban para acompañarle. Disculpó a su tío diciendo que por estar enfermo no salía. Muy cumplidamente le respondió Cortés y todavía porfió Cacamatzin en decir que no era bien que fuese a Mexico porque sospechaba que podría haber alguna dificultad en su entrada o que se la querrían defender. Diole Cortés un gran presente de lo que tenía, y tratábale con mucho amor y respeto y prosiguió su camino; y era cosa notable la gente que salía de Mexico y de los lugares de la laguna a ver los castellanos, maravillándose de sus vestidos, barbas, armas, caballos y de la novedad que en todo mostraban. Decían: éstos verdaderamente son dioses. Avisábales Cortés que no atravesasen por entre los soldados, que no se llegasen a los caballos, ni los tocasen la ropa, si no querían ser luego muertos (porque comunicando mucho a sus soldados no perdiesen el temor). Saliendo de aquí fueron a Cuitlahuac, lugar de muchos vecinos, todo en agua, fresco y de gran pesquería; entraron en él por una calzada de más de veinte pies de ancho que duró más de media legua, con buenas casas con torres, y el señor del pueblo salió a recibir a Cortés, proveyó el ejército y a su ruego quedó allí aquella noche; habló en secreto con Cortés; díjole el deseo que tenía de salir de la sujeción de Motecuhzuma, dio de él muchas quejas y que si él y los suyos, como lo parecían, eran dioses, debía de poner en libertad muchos señores, en lo cual todos le ayudarían. Consolóle mucho Cortés y aseguróle que el gran señor Motecuhzuma haría lo que él le suplicase.

Cuanto al camino de Mexico aseguróle que era bueno y todo por una calzada mucho más ancha que la pasada; con esta relación salió Cortés con mejor ánimo porque iban con determinación de hacer barcas para entrar en Mexico y con todo eso temía que no le rompiesen las calzadas. Iba sobre aviso y llevaba gente de a caballo delante que descubriese lo que había; y por la multitud de gente que parecía, continuaban algunos en acordar a Fernando Cortés que mirase bien las vueltas que daba la fortuna en las cosas de la guerra; pero a todo mostraba pecho y daba ánimo a la gente, ofreciéndoles gran prosperidad. A importunación de Cacamatzin pasó dos leguas a Itztapalapan, lugar de Cuitlahuac, hermano de Motecuhzuma, que le salió a recibir con el señor de Coyohuacan, también de la casa real; iban con él infinito número de gente, aliende de la mucha que estaba en la calzada. Presentáronle esclavas, plumajes, ropa y hasta cuatro mil pesos de oro. El señor de Itztapalapan hizo a Cortés un razonamiento, dándole la bien llegada de parte del rey. Cortés le respondió muy bien; presentóles algunas cosas con que más holgaron por la extrañeza que por el valor. Fue bien hospedado en Itztapalapan, en una casa de grandes pa-

tios (como en otra parte decimos), con cuartos altos y bajos y muy frescos jardines; tenía las paredes de cantería, la madera bien labrada, los aposentos muchos y muy espaciosos, colgados de paramentos de algodón, muy ricos a su manera. Había a un lado una huerta con mucha fruta y hortaliza; los andenes eran hechos de red de cañas, cubiertos de rosas y flores muy olorosas; había estanques de agua dulce con mucho pescado; tenía un estanque de cuatrocientos pasos en cuadro y mil y seiscientos de circuito, con escalones hasta el agua y hasta el suelo; acudían a los estanques muchas garzotas, labancos, gaviotas y otras aves que muchas veces cubrían el agua. Tenía esta ciudad diez mil casas, la mitad de ellas fundadas en la laguna salada y la otra mitad sobre tierra firme; una fuente en el camino de Mexico, rodeada de muy altos árboles, de buena agua. Miraba Cortés todas estas cosas con atención y consideraba la grandeza de Mexico y allí dicen que se alegró mucho y que dijo a algunos de sus más fieles amigos que estuviesen de buen ánimo pues tendrían presto el premio de sus trabajos.

CAPÍTULO XLVI. *Que Cortés parte para la ciudad de Mexico y el emperador Motecuhzuma le sale a recibir, y cómo se recibieron y las pláticas que entre ellos pasaron; y dejándolo aposentado en las casas de el rey Axayatl, su padre, se fue a su palacio y le vuelve a visitar y le hace un gran presente*

ESEABA MOTECUHZUMA extremadamente impedir la entrada de Cortés en Mexico y para ello usó de las diligencias referidas; y estando en Itztapalapan envió algunos caballeros que con disimulación le aconsejasen que se volviese por muchos peligros que le pusieron por delante, ofreciéndole darle cuanto quisiese. Entendió estas pláticas Teutl, caballero de Cempoalla, y díjole que no creyesen nada de los espantos y dificultades que le ponían, porque él había estado en Mexico y se ofreció de llevarle hasta el palacio del rey por una hermosa calzada; y comenzando a caminar mandó que un indio en la lengua mexicana fuese pregonando que nadie se atravesase por el camino si no quería ser luego muerto; lo cual aprovechó mucho para que, aunque la gente era mucha, holgadamente y sin embarazo se pudiese andar. Está Itztapalapan dos leguas de Mexico y se viene por una calzada por la cual caben holgadamente ocho caballos en hilera, tan derecha, que si no fuera por una rinconada que hace desde el principio se pudieran ver las puertas de Mexico. Están a los lados de ella Mexicatzinco, lugar en aquel tiempo de cuatro mil casas en el agua y Coyohuacan, que tendría otras seis mil asentadas en tierra firme, muy fértil, sano y alegre; y otro llamado Huitzilopochco, con cincuenta mil. Estos tres pueblos en su gentilidad tenían muchos templos y torres muy levantadas y encaladas que de lejos con el sol resplandecían como plata y adornaban mucho